
RESEARCH REPORTS AND NOTES

EDITORS' NOTE

The two items that follow began as presentations to the session of the Chile-Rio de la Plata Studies Committee of the Conference on Latin American History, held during the American Historical Association Convention, Atlanta, Georgia, 28 December 1975. Both were intended as reports of ongoing research and as portions of larger projects. As such, they are offered here for their substantive value and as an indication of the activities of this Committee.

LA ESTRUCTURA SOCIO-POLÍTICA ARGENTINA Y LA GENERACIÓN DEL OCHENTA

Roberto Etchepareborda

Organización de los Estados Americanos

La presente contribución es sólo una aproximación al tema propuesto. Suma de problemas más que respuestas. Catálogo de líneas posibles de investigación de un tema que adquiere, a veces, por motivos ajenos al interés científico, particular trascendencia. En la misma, se dan por supuestos, los elementos constitutivos básicos al igual que los aspectos meramente épicos, brindando los retazos multicolores de un cajón de sastre, sólo unidos entre sí por un vertebral hilo conductor, la percepción de quien dedicara gran parte de su labor investigativa al período en análisis.

Al hablar de la Generación del Ochenta nos referimos al conjunto humano, formado entre 1855 y 1870, que protagonizó el extraordinario proceso de cambio, vivido por la Argentina, entre 1880 y 1914, que tuviera como resultado la inserción de ese país en la economía mundial, con características tan particu-

lares, que marcaron por varias sucesivas décadas su desarrollo, tanto económico, como político y social.

Se ha hablado desde siempre, pero recientemente aún más, en la búsqueda de una explicación válida para el "caso" argentino, sobre el "proyecto" o "modelo" adoptado por esa Generación para adecuar a su patria a circunstancias globales que exigían una rápida e intensa modernización. Todo ha pasado por la criba de la crítica mas acerada. Desde ángulos los más diversos se han visualizado problemas directos o marginales, como la distribución limitada de la tierra, la falta de industrialización, la incorporación de valores ajenos al medio, la falta de participación del inmigrante en la vida pública, la limitada participación política del habitante nativo, el excesivo y a la vez contradictorio liberalismo, etc. No faltan interpretaciones sobre los caracteres particulares y la acción desarrollada por este grupo humano, quizás, una de las más equilibradas, sea la de un autor como Thomas F. McGann, o los aportes que podríamos llamar "revisionistas" de Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde. La Oligarquía, término sinónimo casi para calificar esta Generación, acuñado allá por los Setenta, por *La Prensa* de los Paz, para arremeter contra Sarmiento y Avellaneda, se empalmará luego con el de "Régimen," lanzado por el Radicalismo, convirtiéndose en un valor sobreentendido en la dialéctica historiográfica, con connotaciones concretas. No faltan también, excepciones como en el caso de Jorge A. Ramos, quien considera a Roca y a su círculo, como los representantes auténticos de la Argentina criolla, verdadera burguesía nacional, de contenido revolucionario, o ensayistas como Mariano Grondona, de pura escuela orteguiana, que establezca diferencias entre lo que habría sido un "patriado," clase política representativa de la sociedad global, y "Oligarquía," al convertirse ésta en gobierno de unos pocos, quedando fuera de toda participación, amplios y nuevos sectores de la sociedad.

Como en muchos otros ocasiones, un sinfín de estereotipos y prejuicios complican la aprehensión calibrada del fenómeno, particularmente en el campo político y social, ya que en el económico, algunas aportaciones como las de H. S. Ferns, Gallo y Cortés Conde, para no citar sino algunas, han limado los cimientos de muchas generalizaciones. Me limitaré, pues, a mencionar interrogantes, posibles cauces de ulteriores investigaciones.

La vocación de cambio es el rasgo distintivo de la élite que condujo la organización de la Argentina en esta época, 1860–1910. Aspiraba a transformar la tradicional estructura, basándose en el modelo de los países más desarrollados de Europa y los Estados Unidos. Entendían y creían, estos hombres, que una moderna estructura se lograría, valiéndose de la importación de capitales, para aplicarlos al desarrollo masivo de la producción agrícola-ganadera, la construcción de medios de transporte para el traslado de los productos de la tierra, y de la inmigración, que aportaría la mano de obra. A ello debe agregarse la instrucción universal y obligatoria, como poderoso medio de transformación social.

1. La importancia que se da a la inmigración radica en que ésta cumpliría con el viejo propósito de poblar el desierto, y al mismo tiempo, producir la "regeneración de razas," según la expresión de Sarmiento, lo que se obtendría

trayendo “físicamente” Europa a América, obteniéndose de ese modo la transformación radical buscada, de la sociedad y de los hombres.

Veamos algunos de los efectos masivos de la inmigración. El inmigrante debió adaptarse a nuevas formas de vida. Mientras cedía ante el acondicionamiento del ambiente, construía nuevas modalidades que alterarían pronto las condiciones del ambiente originario. Sin perjuicio, de las primeras rivalidades, el “gringo” tuvo que valerse de elementos locales. El tesón del recién venido contrastó a menudo con la prodigalidad del criollo. Ese enfrentamiento, exasperó los odios del gauchaje. El gaucho no sentía afecto alguna hacia el inmigrante, a quien consideraba ave de paso, que venía a despojarlo de su heredad. Se produjo, una exacerbación de la endogamia. Para un criollo fue desdorado, durante lustros, que sus hijos se unieran a los del gringo. Pérez Amuchastegui, ha rescatado algunos elementos populares, representativos de esos sentimientos: “Gringo platudo y el gaucho pobre como el peludo,” o, el de que se: “arranchan con cualquier negra que de balde les cocina.” Esto último, quizás sea una de las explicaciones contundentes de la desaparición de la población de color en Argentina.

Durante el período hubo múltiples explosiones de violencia, consecuencia de ese enfrentamiento. Daré una simple muestra, el episodio llamado los “Asesinatos de Tandil,” con su protagonista Gerónimo Solané, el “Tata Dios.”

Instalado en la zona hacia 1871, adquiere pronto fama de milagrero y santo, gozando de un poderoso influjo sobre las peonadas gauchas. A fines de ese año, predijo una catástrofe e indicó que la única forma de evitarla era sacrificando a Dios, a quienes pecaban: los extranjeros. En la madrugada del 1 de enero de 1872, los gauchos armados de tacuaras, engalanadas con divisas punz’os, asaltaron la dormida población, degollando a cuanto extranjero encontraron a su paso. Después de ese vandalismo, se refugiaron en campos vecinos, donde finalmente fueron cometidos.

Hasta aquí los hechos, pero lo importante es señalar algunas puntos: (a) El Gauchaje estuvo pronto en responder contra el extranjero; (b) asimismo, mantenía vivos sus arranques federales “rosistas”—recordemos, cargados en su tiempo, de antiextranjerismo; (c) la actitud revanchista, según documentos de la época, no fue mal vista por los estancieros; (d) el episodio se produce en vísperas de la aparición del Martín Fierro, reivindicativo de la situación del gaucho, en momentos en que también se inicia la radicación de agricultores y la instalación del albrado, que frena sus impulsos ambulatorios.

Como demostración del estado ambiental real, baste citar el drama “Solomé” que Francisco F. Fernández escribe en 1872, exaltación de “Tata Dios,” aunque más como agitador social. Esta pieza “psicosociológica,” como reza su subtítulo, es un alegato más en favor del explotado habitante de la Pampa. Demostrando la existencia de un estado ambiental y de conciencia social generalizados. Pienso, que es una línea de investigación que merecería ser profundizada, por considerarla explicativa en extremo, de las posteriores tendencias limitativas en cuanto al inmigrante, ahora trasladadas a la élite, por cierto que en otras dimensiones y alcances, pero comprensibles si recordamos, como ésta

última irá “nativizándose,” y adaptando los valores tradicionales como muestra de su preeminencia social.

2. Respecto a la clase dirigente, en especial en este caso, a la generación bajo análisis, se han dado divergentes interpretaciones en cuanto a sus caracteres, particularmente en relación a su fluidez. Se han mencionado como vías de acceso las más diversas—fortuna, educación, profesión, la política, cooptación—James R. Scobie agrega, mordazmente, “by advantageous marriage”; e Imaz señala en “Los que Mandan,” “by achievement rather than ascription,” agregando que la sociedad era fluida hasta comenzar el nuevo siglo, lo que acepta Gino Germani, al verificar substancialmente la gran expansión de los sectores medios.

Lo que deseo expresar aquí, es que es indispensable profundizar nuestro conocimiento de los elencos dirigentes, el origen social de sus integrantes, labor esbozada en parte por Darío Canton, al hablar de los parlamentarios del 90, pero aún en pañales. A título de interrogante, me detendré en algunos pocos ejemplos. Nicolás Levalle, general, ministro de la guerra de Juárez Celman, soldado enganchado, italiano, su nombre verdadero Levaggi; Pedro Luro, vasco, venido en 1837, obrero de saladero, pulpero, uno de los grandes estancieros de fin de siglo, fundador de Mar del Plata; Ramón J. Cárcano, cuyo padre era italiano, venido en los Cincuenta, maestro de música y latines, y que pudo llegar a ser—el primer hijo de italiano, Presidente, a los 32 años de edad—si no hubiese sido por la crisis del Noventa; Hipólito Yrigoyen, hijo de un carrero, vasco francés, analfabeto, nieto de un ajusticiado, mimado por la élite hasta que se lo considerara peligroso a sus intereses, pero que perteneció a la Generación y se sintió miembro de ella, hasta en algunos de sus aspectos exteriores, el de pertenecer a sus clubes, del Progreso o Jockey; Antonio Santamarina, prohombre del conservadorismo de mediados del presente siglo cuya fortuna familiar tuvo origen en el siglo XIX, de comienzos harto modestos, y que conservaba sobre su lecho la fotografía de la carreta, base de su proyección social. Otros italianos, de primera generación, entre tantos, Osvaldo Magnasco, ministro de Roca, hijo de un modesto marino mercante de la época de la Organización Nacional, o Pablo Riccheri, general, creador del ejército profesional, todos miembros de la élite de Ochenta.

3. También correspondería ampliar nuestros conocimientos, por cierto, harto escasos, sobre la homogeneidad de esta Generación o clase dirigente. La imagen monolítica se está haciendo cada vez más huidiza, y escapa a fáciles generalizaciones. No todos parecen responder a las mismas motivaciones sectoriales. Recientes interpretaciones han perfilado con más precisión no sólo los enfrentamientos entre los capitostes de la élite en el Noventa, sino también el respaldo por grandes sectores ganaderos a la naciente Unión Cívica, o ha sido detectada la parcialización de los sectores dirigentes entre las agrupaciones más tarde actuantes. Sin embargo, faltan estudios serios que calibren adecuadamente algunos de los siguientes problemas, señalados a título de mero ejemplo.

a. ¿Que representó la evolución “Modernista,” de 1891, con la candidatura “avant la lettre” de Roque Saenz Peña, aventada a tiempo por Pellegrini,

que pudo adelantar en veinte años, esa experiencia positiva de la evolución política?

b. ¿Que ocurrió con los antiguos juaristas? Indudablemente, por edad, los más jóvenes de la Generación, y en algunos casos los más liberales. Algunos migraron a las filas opositoras del radicalismo, Victor M. Molina, José Hipólito Lencinas, Eduardo Laurencena, etc. ¿Cuántos se apartaron de la vida pública, empobreciendo los elencos dirigentes? Otros, asimismo, volverían, tras José Figueroa Alcorta a colaborar en la demolición del edificio político de Roca, abriendo, en definitiva, el camino al “modernista” Saenz Peña.

c. ¿Que impacto tuvo la prédica, sobre la opinión dirigente, de un Estanislao S. Zeballos, desde su *Revista de Derecho, Historia y Letras*, iniciada justamente al mismo tiempo que Roca comenzaba su segunda presidencia? Zeballos, desde sus páginas, incansablemente, denostaba la política del “Acuerdo,” la formación de una oligarquía, la restricción burlesca del sufragio, predicando la necesidad de un profundo cambio político, pero dentro de las mores del tiempo antiguo, las primeras presidencias, de un Sarmiento o un Avellaneda.

d. Convendría examinar más de cerca también los elencos opositores de la última década del Novecientos, tal como las listas de candidaturas, que brindarían ciertas sorpresas. A título de muestra simplemente, el intransigente porteño, adversario de Roca en el Ochenta, Carlos Tejedor, es electo diputado por la Capital Federal, volviendo ocasionalmente a la política a mediados de esa década, electo por el radicalismo.

Sin embargo, estos vaívenes, que podrían considerarse consecuencia de la política cerrada de círculo, de los “ins” contra los “outs,” para usar expresiones que paracen más gráficas, tienen para mi otro origen, que convendría establecer con más precisión. Presumo que de alcances generacionales.

Puede detectarse bastante bien el origen juvenil del movimiento de Noventa, particularmente en su primera fase, la U.C. de la Juventud—al respecto convendría analizar el origen socio-económico, de los firmantes de sus primeros manifiestos, casi todos, estudiantes, secundarios y universitarios, para determinar los alcances de la fractura, particularmente en el posible clivaje entre porteños y provincianos, algunas veces aludido. Pero también debería investigarse los elencos dirigentes de los partidos actuantes en este período, ya que primeras aproximaciones al problema, efectuadas hace un tiempo, por quienes entonces fueran mis colaboradores, permiten apreciar un claro corte generacional entre las agrupaciones. El estudio se hizo respecto de la Unión Cívica Radical, la Unión Cívica Nacional, y la Unión Popular, desprendimiento bonaerense del P.A.N., dirigido por Pellegrini, que se enfrentaron en la provincia en el periodo 1892–98, limitado al partido de Bahía Blanca. Estudiados unos cincuenta dirigentes de cada una, este fue el resultado: edad promedio de los radicales, 29 años; la de los cívicos mitristas, 45; la de los pellegrinistas, roquistas, 35. En la gran mayoría de los casos todos hacendados de la zona, aunque los apellidos vascos y algunos otros de origen no hispánico, parecen predominar entre los radicales.

4. Existen aspectos que también deberían ahondarse, en cuanto a sus dimensiones políticas. Citaré sólo algunos a título de simple ejemplo.

a. Se tomas generalmente el periodo 1880–1910 como un todo, afirmando a menudo, que no hubo participación política, en todo el territorio nacional. Habría, por lo pronto, que determinar precisamente lo que aconteció en cuanto a las elecciones de la Capital Federal y provincia de Buenos Aires, en el periodo 1891–98. En la primera, Alem y del Valle y luego Bernardo de Irigoyen, fueron elegidos senadores nacionales por la oposición radical, y en la provincia, en 1894 y 1895, en cuatro elecciones sucesivas, el radicalismo obtuvo en lucha triangular, más votos que cada uno de sus dos adversarios, triunfando en las elecciones al Congreso, otra a la Legislatura y sólo perdiendo la Gobernación, por coalición adversa en el colegio electoral.

b. En cuanto a la limitación del sufragio, problema harto discutido, tanto entonces como ahora, ocurre algo llamativo. Ante la existencia de más de un 50% de analfabetos, los que claman por medidas precautorias, no son los beneficiarios del régimen imperante, sino sus opositores, por temor a la “minoridad” de los analfabetos. Lo hará en el 90, A. Belín Sarmiento, en su “República Muerta,” fortalecido por un arsenal de citas y datos en cuanto a la limitación del sufragio, existente entonces en los Estados Unidos, y luego lo reiterará José Bianco, vocero del reformismo radical, al promediar la década. Habría que estudiar la posible conexión de esas actitudes respecto al éxito radical en los departamentos más avanzados y el triunfo del común denominador roquista en los más atrasados, donde las peonadas respondían a sus patrones y caudillos, fenómeno que se arrastrará por un tiempo más en nuestro siglo, del cual existen múltiples pruebas.

c. Desde otro punto de vista, merecería ahondarse el porqué de la política de contención de los sectores populares, si en el medio político argentino, además del habitual comportamiento, resultante de la cerrada defensa de un orden de cosas adquirido, no existe quizás otra dimensión, producto del temor, inserto en la memoria histórica nacional, de un retorno a la barbarie del pasado, que parece convertirse en una constante, que se repetirá con el Yrigoyenismo en los Treinta, con el Peronismo más tarde, y que sólo parecería aflojar ante la aparición de un mayor peligro, algo siempre más radicalizado.

Una carta, de este período, escrita por Leopoldo del Campo, mitrista, a Justiniano Posse, gobernador de Tucumán (1891), perfila de algún modo el problema:

En las épocas pasadas en que las luchas eran de principios y entre la Civilización y la Barbarie, los fraudes que tuvieron por objeto hacer triunfar la libertad institucional contra las tradiciones de opresión sanguinaria—la cultura de la minoría contra la burdez salvaje de la mayoría—fueron fraudes patrióticos. Pero hoy, que no hay principios en lucha, ni corre peligro nuestra civilización, hoy que la lucha es de la verdad institucional y real contra el fraude erigido en pedestal de los más repugnantes vicios políticos, hoy es patriótico solo lo que es verdadero y justo dentro de la Constitución.

5. Para concluir, es indispensable ahondar también nuestra perspectiva de la llamada clase terrateniente, valor entendido, dominante del proceso. Existen algunas contradicciones, quizás aparentes, pero de necesaria dilucidación. Su

número real y efectiva influencia. Se ha mencionada, con bastante precisión, su paulatino alejamiento de la conducción política activa, paralela a una creciente profesionalización de la política, quedando al frente otros miembros de la acrecida élite, los que paradójicamente, muchos incluso recién venidos, adoptarán las pautas tradicionales. Estos, más que aquellos, serían los que cerrarían, a los albores del siglo, las vías de participación.

A este respecto, navegamos en medio de valores incomprobados. Según algunos autores, dos mil terratenientes integraban la clase alta; otros mencionan 400 familias como la cúspide de la "oligarquía" bonaerense, a su vez dividida en sus simpatías políticas, algunos, como los Pereyra Iraola, los Alvear, los Herrera Vegas, los O'Farrell, actuantes en el radicalismo. Por otra parte, según estudios pioneros de Ricardo M. Ortiz, que no pecaba por cierto de reaccionario, y de acuerdo al Censo de 1895, los hacendados en todo el ámbito del país eran 75,000, de los cuales 23,300 en la provincia de Buenos Aires, indudablemente repartidos entre la clase alta y los ramos superiores de la clase media. En esos mismos momentos, la clase media superior representaría el 14% del sector activo, y la inferior, el 28%. La clase popular sumaba el 54.9%, curiosamente, cifra casi semejante a la de analfabetos: 53.5%. Lo anterior exige, en verdad, una aproximación más detenida.

Corresponde asimismo, clarificar el concepto en sus verdaderas dimensiones. Sin ir más lejos, Hipólito Yrigoyen, fue un fuerte hacendado, que en algún momento, tuvo en propiedad o arrendó más de 25 leguas de campo, en zonas inmejorables de la provincia. ¿Pero puede considerársele un "terratiente" con las connotaciones que generalmente se adjudican a esa definición?

También la tierra fue indudablemente uno de los más poderosos medios de enriquecimiento y consiguientemente de ascenso social, no cabe ninguna duda al respecto, pero también su adquisición fue el último paso de una carrera ascendente, en la profesión, en la política, en el comercio, etc. Pienso, que en el estudio de los sectores sociales no debe perderse de vista la influencia y el poder político, detentados por grupos de intereses particulares, que florecen particularmente en momentos de grandes transformaciones, tal el caso de la Argentina de la expansión del Ochenta. Podríamos calificarlos como "factores," más que productores, intermediarios que aparecen en momentos de expansión de la economía, actuando a la vera de los poderes públicos, como representantes o agentes de los más diversos intereses. Milciades Peña, en un estudio seminal, los califica como "suboligarquía gestora." Sobre su presencia cabe una referencia documental, rescatada por H. S. Ferns. El ministro británico calificaba de este modo a los que rodeaban al Presidente Juárez: "All or nearly all of whom have within a comparatively recent period emerged from positions of obscurity and even almost of indigence to the possession of great wealth."

Por cierto, el control oficial del crédito fue desde siempre uno de los más poderosos elementos en beneficio de quienes participaban de los círculos aúlicos, particularmente para adquirir la tierra y hacerla producir. Los estudios de Joseph S. Tulchin et alia, sobre el patronazgo ejercido en la distribución de créditos por el Banco de la Nación en el período posterior a 1914, deberían ser proseguídos, examinado el período anterior, particularmente teniéndose en

cuenta que esa "arma secreta" de corrupción no pasaba desapercibida por los opositores, como en el caso del Radicalismo, que tan poco proclive a expresar aspectos programáticos concretos, la denunciaba claramente en su programa político para la campaña presidencial de 1892, definiendo como "exceso de oficialismo," la reciente creación del Banco la Nación, ya que se conocían otros múltiples muestras de ese favoritismo, también vehementemente denunciado por Alem desde el Congreso. Asimismo, el gabinete de emergencia de Aristóbulo del Valle, en 1893, además de sus reformas políticas, comprendía la puesta en claro, la investigación de las cuentas de los bancos, emprendida por el Ministro de Hacienda Demaría, para algunos, el más fuerte motivo detrás de la caída de ese ministerio de "salud pública."

Las anteriores consideraciones determinan, a mi criterio, la urgencia de una revisión en profundidad de todo este período.